

LA  
**VÍSCERA**  
Magazine

4

**COSTURAS**

LaViscera

Año 04

Núm. 25

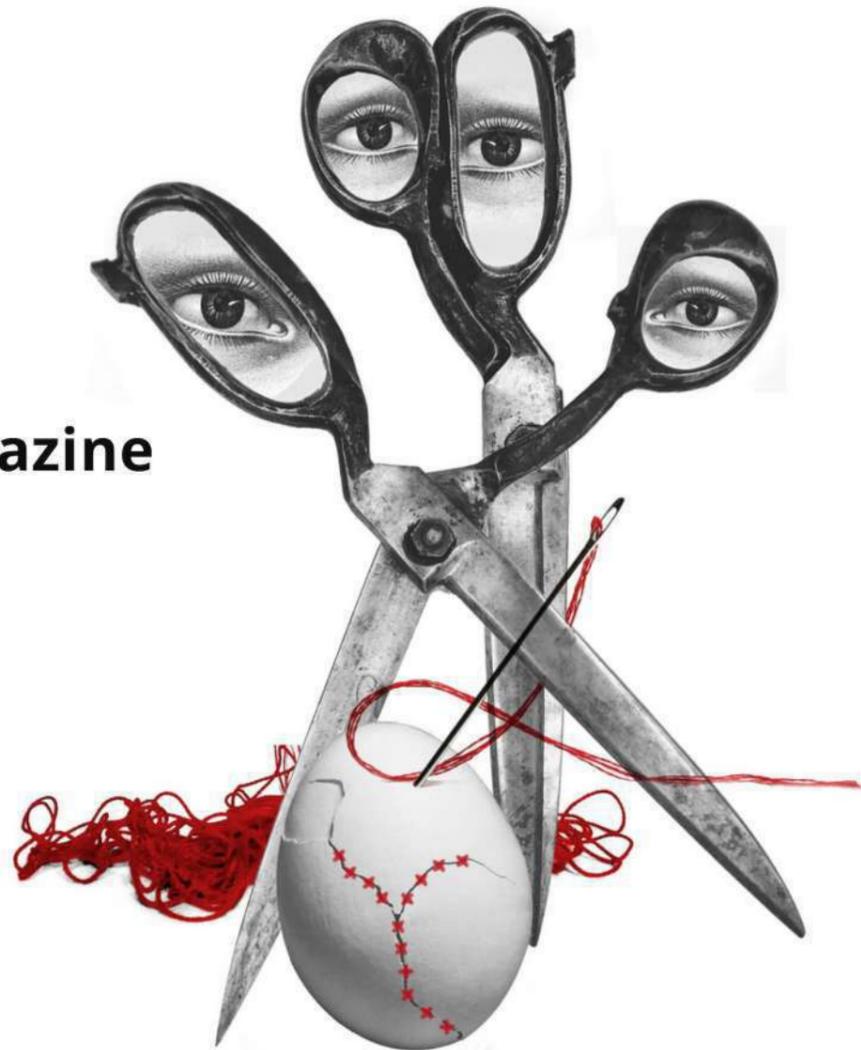
Abril 2024





Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.



## COSTURAS

- 04 Carlos Vicente  
**UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA  
ESCRIBIRÉ (XXIV)**
- 06 Patricia Sánchez  
**LAS TARDES DE SEPTIEMBRE**
- 08 Andrés M. Níguez  
**LA FOTO**
- 10 Carlos San Jorge  
**CACAREOS VECINALES**
- 12 Beatriz Gorjón  
**ENTRE COSTURAS**
- 14 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES  
**COSTE DE COSTAS, COSTURAS**
- 16 VÍSCERAS INVITADAS: SUSANA LÓPEZ VARO  
**REMIENDOS**
- 18 VÍSCERAS INVITADAS: JUAN RODRÍGUEZ  
**DOBLADILLOS**
- 22 Pedro Vez Luque  
**LA OBRA**

Elegimos creer en la teoría del hilo rojo porque nos asusta una alternativa en la que todo dependa de nosotros. Evitamos enfrentarnos a una realidad que nos obligue a enseñar la parte de atrás de la labor, que muestre nuestros nudos, las puntadas torcidas y todas las imperfecciones que ni oculta un filtro ni borra una rutina de doble limpieza coreana. Abrazamos, ineptos, la certeza de ser cada vez más iguales, copias de fábrica, series asépticas que controlan cualquier sentimiento, salvo el miedo inconsciente y descorazonador que supone vivir intentando esconder las costuras.

*Si el mundo fuera un traje, tendría rotas las costuras. Esto es lo que pienso al contemplar la chaqueta recién adquirida, de la que se ha despegado media manga. Vuelvo a la tienda y me dicen que la chaqueta estaba bien, que quizá yo mismo la he forzado al meter el brazo. No admiten la devolución, en fin. De vuelta a casa, se me ocurre imaginar qué ocurriría si intentáramos devolverle el mundo a Dios.*

*- ¿Qué le pasa al mundo? -nos preguntaría*

*- Que está mal cosido.*

*Me temo que Dios nos diría lo mismo: que lo hemos roto nosotros al ponérselo.*

# UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXIV)

CARLOS VICENTE

*Siempre he querido escribir —pero nunca lo haré— una obra de teatro en la que una sola persona hablara sobre las mujeres de su familia e hiciera todos los personajes sin salir de escena.*

**El escenario a oscuras. Se enciende un foco que ilumina una silla. Se escuchan unos pasos. Aparece un hombre de unos 65 años. Se sienta. Carraspea. Habla.**

**Hombre:** Mi abuela nunca nos quiso. Íbamos a verla a su casa los domingos por las tardes y no nos abría la puerta. Mi padre juraba en hebreo porque veía que la luz del salón se apagaba cuando llamábamos al telefonillo. Mi madre callaba porque era su hija y supongo que ya sabía lo que había. Un día, cuando yo tenía treinta y ocho años recién cumplidos, me dijo que su madre era mala persona. Que siempre lo había sido. Yo no sé si lo era. Lo que sí sé es que nunca nos quiso. A las tres hijas de su hijo pequeño, sí. A ellas les dio todo el cariño que tenía. Así es que supongo que mi abuela era mala persona con mi madre y con nosotros, pero con mis primas no, con lo cual no lo era del todo. Había bondad en alguna parte recóndita de su condición humana.

**El escenario se empieza a iluminar. El hombre tiene al lado una especie de baúl.**

**Hombre:** Quizás por eso me hice ventrílocuo. Quizás por eso me he pasado dos tercios de mi vida viajando de teatro en teatro, de plató en plató. Para huir de la imagen que mi abuela daba de mí y de la cobardía de mi madre. De eso que...



**Se oyen unos golpes en el baúl. El hombre lo mira, pero sigue hablando.**

**Hombre:** De eso que nunca se atrevió a reconocer en vida de mi abuela y que, años más tarde, me reconoció mientras cosía un botón de una camisa cuando fui a verla una tarde. En aquella época se quería divorciar de mi padre y cada vez que iba a verla me decía llorando que ya no lo aguantaba más. No es que la pegase ni nada. Es que decía que no lo soportaba más, que si pudiera volver atrás no se casaría nunca y que no tendría hijos. Alguna vez pensé, cuando era pequeño, que mi madre se refugiaba en su caja de costura para concentrarse y no pensar más. Para huir.

**Los golpes en el baúl vuelven a escucharse.**

**Hombre:** Como yo y este baúl. Ella abría su caja y cosía un ojal o el bajo del pantalón y era como si estuviera a millones de kilómetros. Y yo, cada vez que abro esta maldita caja, estoy poco menos que en Tombuctú. Es como si nos suturáramos a nosotros mismos. A nuestras palabras y pensamientos.

**Los golpes en el baúl vuelven a sonar.**

**Hombre:** Mi madre no lo sabía, pero en aquella época era alcohólica. Lo era porque siempre que cosía un botón, al lado de la caja de costura, había una botella de ginebra Larios. Un chupito por cada botón que ponía. Mira, en eso era igual que mi abuela, que se tomaba un dedal de ginebra para poder echar la siesta después de escuchar el parte en la radio, que era lo que más le gustaba hacer en la vida. Escuchar las voces de esos locutores que salían de aquella caja mágica.

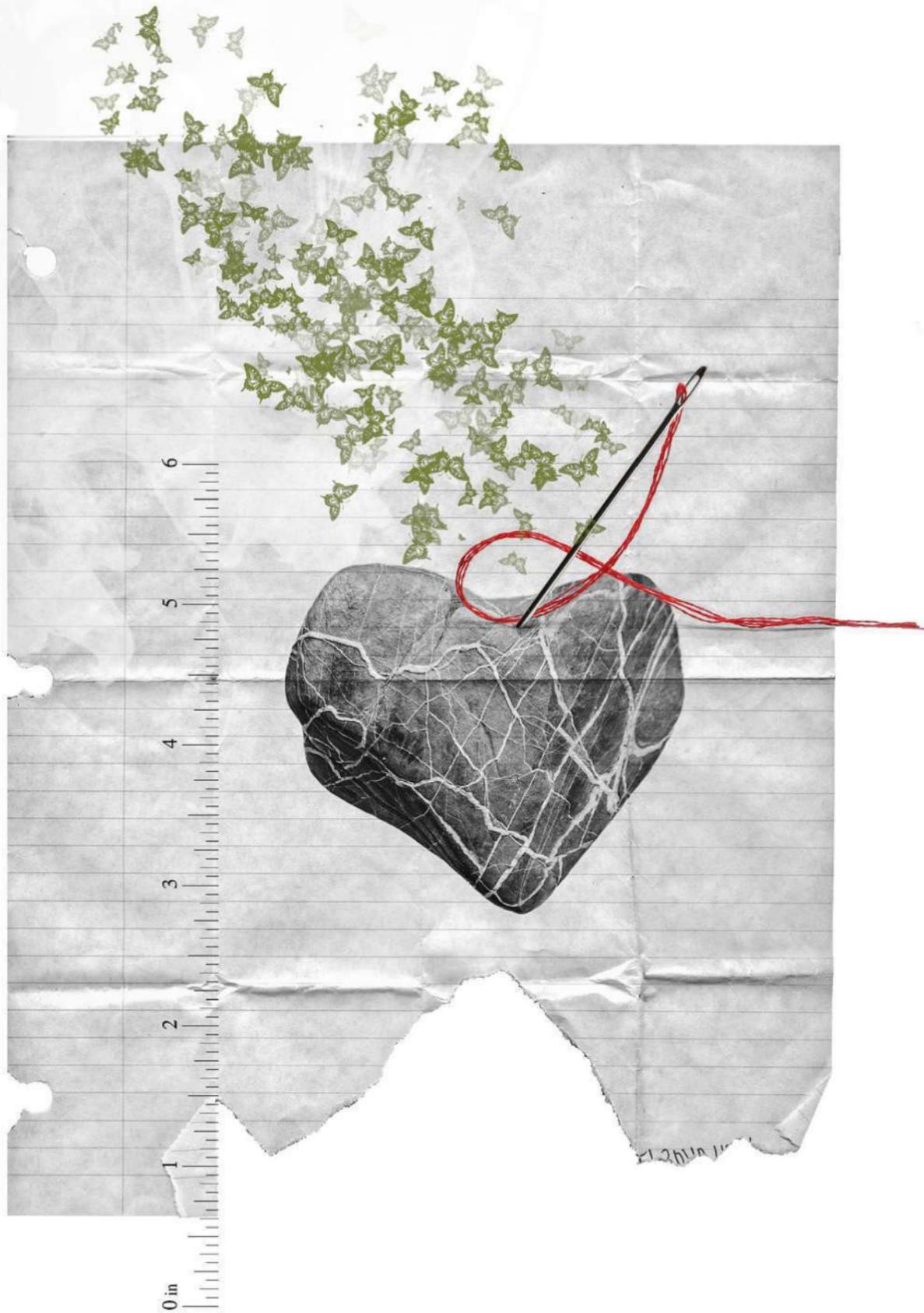
**Los golpes en el baúl ya son muy insistentes y el ruido hace imposible que el hombre se concentre en su discurso.**

**Hombre:** Esa caja que tan pronto contaba que el paro había subido como que Paquirri había muerto en Pozoblanco. Esa...

**Más golpes. El hombre abre la tapa del baúl. Habla a alguien que hay dentro.**

**Hombre:** Ya está bien, madre. Ya está bien. Esto lo hemos hablado y no es un espectáculo de ventrílocuía. Es...

*Y así seguiría la obra, con el hombre contando sus historias sobre las mujeres de su familia y los muñecos llevándole la contraria hasta que por fin él se metiera en la caja y los muñecos quedarán fuera. Y cuando los empleados del teatro fueran a sacarle no hubiera nadie dentro. Sólo una caja de costura llena de alfileres y de botones.*



## LAS TARDES DE SEPTIEMBRE

### PATRICIA SÁNCHEZ

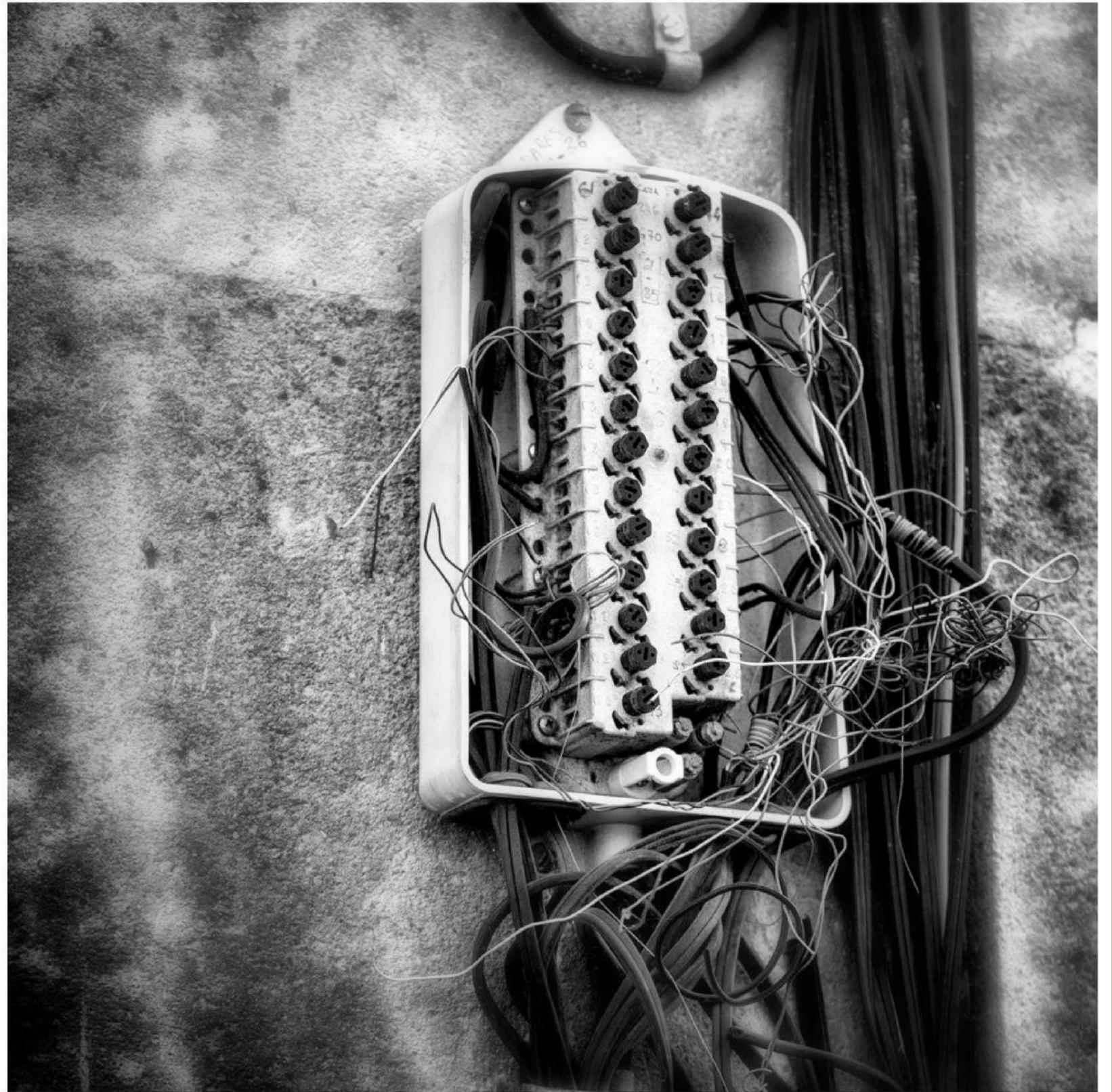
La pequeña Lola puede pasarse horas imaginando a dónde viajan los suspiros que, las tardes de septiembre, se le escapan a su tía Camila cada vez que se sienta a coser en el balcón.

Se los imagina con alas de un verde apagado y pequeños ojos oscuros, flotando al capricho de esa brisa amable que anticipa los primeros días del otoño. Se mueven ligeros, despreocupados, y se alejan sonriendo tras un *¡Esta niña no es normal!*, dice siempre Chari, la vecina. *Pudiendo estar en la calle correteando como el resto, elige quedarse aquí, entre viejas que pasan la tarde equivocando puntos y perdiendo dedales.*

*Yo no soy vieja*, dice la tía Camila, bajito, antes de dejar escapar un nuevo suspiro al que Lola sigue curiosa con la mirada hasta que desaparece.

**LA FOTO**  
de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ  
para COSTURAS

**COSTURAS DOS PUNTO CERO**





## CACAREOS VECINALES

### CARLOS SAN JORGE

Visto en el portal esta misma mañana:

*«A esas vecinas que no dan puntada sin hilo: a riesgo de meterme en camisa de once varas, me parece una temeridad ponerme en tela de juicio y acusarme sin tirar del hilo como lo hacen.*

*A mis setenta años puedo estar orgullosa de que jamás hice de mi capa un sayo por más que comenten a mis espaldas las cacatúas de la vecindad que una vez creí amigas. Está claro que estáis cortadas todas por el mismo patrón y puedo decir, sin arrepentirme, que lo habéis bordado, chicas. Por mi parte, esta costura que estaba pendiente de un hilo ya no tiene remiendo.*

*Para que quede claro: repito por enésima vez que no hice aquello de lo que me acusáis. Así es que, hasta que no quitéis esos mensajes del sitio ese de internet que nos enseñaron en la clase de informática de la asociación, no quitaré esto del único muro que yo conozco para que lo vea todo el mundo. Como no tengo ordenador, supongo que pensabais que no iba a tener arrestos para responder. Una vez más, estáis equivocadas.*

*Por cierto, tengo más copias de estas. Puede que pierda el hilo en las clases de internet, pero mi primo tiene una librería que hace fotocopias, así que si os tiente la idea de quitar este mensaje, para mí poner otro va a ser coser y cantar.*

*¡Hala! ¡A cacarear a costa de otra!»*

# ENTRE COSTURAS

## BEATRIZ GORJÓN

Aguja en mano la vida cosida  
recuerdas la infancia en vivos bordados,  
delicados y suaves como seda,  
donde se hilvanan los sueños más puros.

La juventud, patrón cortado al bias  
de telas cogidas entre alfileres,  
enhebrando dudas, miedos, suspiros  
y sin entender por dónde cortar.

La adultez es un tejido frustrante,  
pespunte a espunte vas resistiendo,  
remendando deseos malheridos,  
uniendo costuras, zurciendo vértigos...

Y la vejez una puntada lenta  
y la hebra larga anudando nostalgias,  
con hilos dorados de la añoranza,  
porque la vida es tela marinera.

Y aun al borde del desborde, bordar.



El diseño que ilustra esta página  
parte de una de las obras en  
técnica mixta de la colección **Scene**,  
de la artista visual francesa **Alison  
Bignon**, y de la fotografía **Hand on  
chest**, de la estadounidense **Marna  
Goodrich Clarke**. Agradecemos a  
ambas su colaboración.



# ESTROFAS VISCERALES: COSTE DE COSTAS, COSTURAS

EDWING VLADIMIR

Punza la costa como si fuera una aguja  
un cayuco descompuesto, siendo esperanza la brújula.  
Avanzan en vilo las vidas, endebles hilos  
con siete nudos cada hora que ahogan su camino.

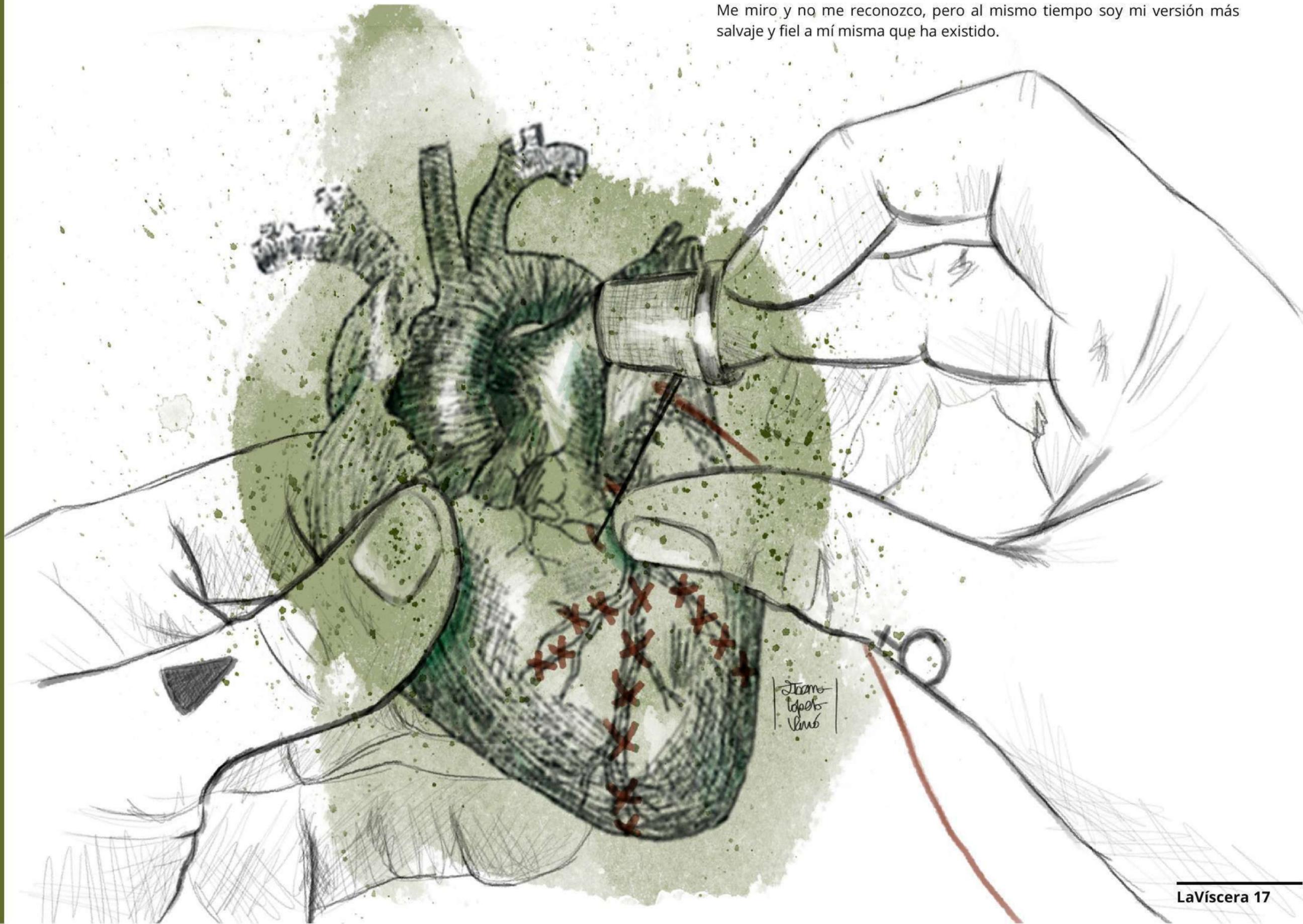
Urden así el telar de la vergüenza.  
Se protegen con dedos de forma cruenta.  
Ponen perros, cuchillas y vallas de alambre  
para que no entre «su casa» el crimen de tener hambre.

Luego la idea de progreso venden,  
no quieren más agujas pero de ellas dependen  
para que no se deshilache todo y, su tapiz,  
describa la forma ideal de ser feliz.

Tela marinera, ¿cómo lo dictaminan?  
¿Quién decide el lado que nos toca de la vida?  
Unos disfrutando del cuerpo y la cenefa,  
otros del lado feo de la costura: su sentencia.

\*2.789 vidas se perdieron en 2023 en la frontera sur de España.

**REMIENDOS**  
VÍSCERAS INVITADAS: SUSANA LÓPEZ VARO



Me he remendado tantas veces que sólo soy parches, suturas y costuras.  
Soy los hilos con los que me he cosido, los parches con los que me he ido  
uniendo en esta reconstrucción frankensteiniana.  
Me miro y no me reconozco, pero al mismo tiempo soy mi versión más  
salvaje y fiel a mí misma que ha existido.

# DOBLADILLOS

VÍSCERAS INVITADAS: JUAN RODRÍGUEZ



**A la Sra. M.W.S., Inglaterra  
15 de septiembre de 17..**

Querida hermana:

¡Regresamos! Es muy probable que veas mi nave en el puerto de Londres antes de que puedas leer estas líneas. No te resultará difícil reconocerla, pues el pabellón que en ella ondeará será sin duda el más llamativo de todo el muelle.

Quiero que conozcas los motivos para tomar esta decisión cuando tan próximo estaba a descubrir nuevos pasajes polares que abriesen rutas comerciales insospechadas y de los que tanto te hablaba en mis anteriores cartas. Pero, mi querida Mary, ha sido la extraña aparición de Víctor sobre un diminuto iceberg a la deriva la causa de este cambio de rumbo y, ya puedo asegurarlo, de vida. Bien sabes que siempre deseé la compañía de un hombre de gustos parecidos a los míos, valiente, pero con un espíritu cultivado, y de mirada cómplice. Pues bien, el destino ha determinado que ese hombre sea precisamente Víctor, cuyo sufrimiento no alcanza a ocultar la calidez de su dulzura y bonhomía, sin que por ello sus ojos dejen de iluminarse en ocasiones con una expresión salvaje que agradezco.

Instalado en la intimidad de mi camarote, para mejor cuidar de su recuperación, mi anhelado compañero ha abierto su alma y me ha relatado sus desventuras. Ayer, al acariciar con sus dedos la cicatriz que cruza mi pecho, su rostro se sumió en una expresión sombría y suspiró:

*Robert, mi capitán, yo también estoy marcado por gruesos costurones en la invisibilidad de mi alma. Has de saber que pertenezco a una de las familias ginebrinas más distinguidas. Mi padre, hombre respetado, conducía su vida y la de nuestra familia con los principios de la rectitud y el honor, si bien eso le proporcionaba una rígida frialdad en el trato. En compensación, mi madre, tierna y benevolente, me dedicaba su tiempo sin medida y consentía todos mis caprichos. Junto a ella descubrí el placer de transformar los paños más comunes en delicadas prendas tan sólo con aguja e hilo, sensibilidad e imaginación. Reconozco que esta tarea no era propia de un varón, menos aún del primogénito, como debió pensar mi padre cuando me descubrió en la labor de hilvanar las piezas de un corpiño confeccionado a partir del patrón que yo mismo diseñé. No hubo de sentarme las costuras, pues sólo con esa mirada, que traslucía ora pavor, ora repugnancia, supe interpretar su rechazo y actuar en consecuencia alojando en un dobladillo de mi ser esa reprobable afición, si bien con ella ocultaba mi infantil espontaneidad. Sí, Robert, ese niño que era fue la primera víctima del monstruo en que me había de convertir.*

Calló, la vista perdida en el pasado, hasta que algo llamó su atención y, tras levantarse del lecho, se dirigió a uno de los baúles entreabierto. Sus manos hurgaron entre el contenido y extrajeron unas viejas banderolas de señales que usábamos para comunicarnos entre navíos. No puedes imaginar, Mary, el candor y entusiasmo de la sonrisa que apareció en su rostro:

*Déjame demostrarte mi habilidad- dijo.*

Y, sentándose a la silla de mi mesa de trabajo, comenzó a cortar trozos de tela y a respuntarlos. Divertido, me incorporé en la cama mientras Víctor reanudaba su relato.

*Mi padre, resuelto a meterme en costura (y no como profesión), estableció enviarme a estudiar a la universidad de Ingolstadt, algo que agradecí, pues yo también quería convertirme en el hombre que él esperaba. Ese adulto serio que me esforzaba en ser encontró en la ciencia el armazón sobre el que reconstruir tan difusa realidad. Conduje mi carácter vehemente hacia la Filosofía Natural y en su lectura y experimentación consumía mis días, para descubrir con estupor el placer renacido de suturar a los animales que viviseccionaba. Mis profesores alabaron el primor con que manejaba la aguja y cosía las heridas con estéticas puntadas, premiando mi fantasía en la creación de quimeras -mediante la imperceptible unión de partes de animales diversos- con su fraudulenta incorporación al gabinete de curiosidades de la universidad. Mas cuando pareciera que había sublimado mi pasión, la fatalidad me enfrentó nuevamente con mi oculta naturaleza.*

*Una desapacible noche de noviembre reapareció en mi vida Henry Clerval, mi íntimo amigo de la infancia, presto a iniciar sus estudios de leyes y recuperar nuestra interrumpida relación. Sin embargo, la alegría que me colmó los primeros días bien pronto había de trocarse. Tal y como pretendían nuestras familias, dispusimos compartir el alojamiento, pero también recuerdos y expectativas. Dormíamos en la misma habitación y charlábamos hasta que el sueño nos vencía. Esa confianza con que se comunicaban nuestros espíritus se transmitió también al desenfado y ausencia de pudor con que mi amigo desnudaba su cuerpo en mi presencia. Clerval ya no era el niño endeble con quien jugaba a los médicos y su varonil complexión adulta producía en mí tal turbación que enfermé con una fiebre nerviosa que me mantuvo postrado durante meses. Fue entonces, durante mis delirios, cuando cometí mi segundo asesinato: cercené esa parte de mí que se excitaba tan equívocamente y, para ocultarla, cosí con esmero una alforza con los pliegues más recónditos de mi mente.*

Al decir esto, clavó la aguja, a falta de acerico, en el asiento, descruzó las piernas y, con aire circunspeto, se levantó con un leve balanceo improbable en la quietud de las aguas de este mar helado. En su deambular incierto, topó con el fajín de gala encarnado que colgaba tras la puerta. Me regaló una mirada traviesa y, con gesto zalamero, me lo pidió para incorporarlo a su proyecto textil. Con él en la mano, regresó a su pose sartorial para, entre puntada y puntada, retomar su narración.

*Hui sin dar explicación alguna. Ojalá alejarme de Clerval hubiese sido la solución, pero ¿cómo apartarme de mí mismo, a quien tanto aborrecía? Sin meta alguna, pero con la voluntad cierta de pasar desapercibido, viajé y abandoné mi país en busca de una ciudad populosa que garantizase mi anonimato. Al tiempo, mientras conocía paisajes nuevos e históricas poblaciones, me esforzaba en olvidar quien era. No precisé de licores para anestesiar mis emociones, apoyado en mi pericia en la costura mental. Todo lo que en mí identificaba como poco masculino, femenino, lo escondía en la jareta con que rodeé mi ser. Fruncí mi sensibilidad y mi ternura quedó deformada en un corcusido.*

*Hubiese permanecido en esta piadosa ignorancia de mí mismo si el azar no me hubiese conducido cierta aciaga tarde a la puerta de un taller de sastrería. El olor de las telas, los jaboncillos y la plancha me sedujeron hasta hacerme entrar. Allí, frente a mí, contemplé con espanto unos ojos acuosos, un rostro apagado, unos labios resecos y oscuros, el reflejo especular en suma del monstruo en que me había convertido tras asesinar a la humanidad que me quedaba. Sí, había acabado con el niño, el amante y la mujer. ¿Quién era yo ahora?*

*No soportaba ya el contacto humano y busqué la soledad más absoluta. Todo mi afán era esconderme de los demás y, al menos, aletargar la consciencia de mí mismo. Hibernar. Peregriné hacia este destierro helado en una inmensidad carente de otras huellas y tan blanca como mi traje bautismal. En tan radical retiro mis sentidos resurgieron, el silencio reveló la música de las esferas y las auroras boreales me mostraron un colorido impredecible. Si el intenso frío entumecía mi cuerpo, una insólita calidez despertaba en mi interior. Con los ojos cerrados empuñé unas imaginarias tijeras que descosieron dobladillos, deshicieron plisados y deshilaron bastillas. Los retales ocultos resplandecían en la cegadora luz ártica, hermosos en su contraste con la nivea extensión en que me hallaba. Sosegado, comprendí que debía honrar la vida y hacer, con cristalina aguja y dorada hebra, alta costura con los necesarios remiendos.*

Víctor, con lentitud, cortó el hilo del pespunte con los dientes y, poniéndose en pie, desplegó su labor para revelar un paño en el que estaban presentes todos los colores del arcoíris.

*Quiero que esta sea la bandera con la que este buque arribe a puerto, a un lugar desde donde reinventar la humanidad.*

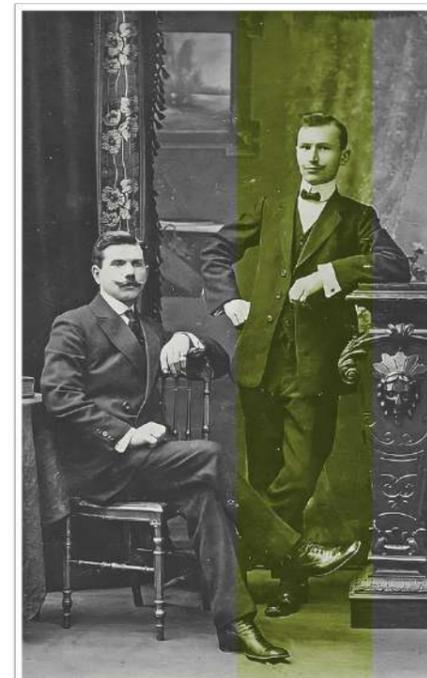
Su determinación me conmovió, Mary, tan firme en sus convicciones como nuestra madre en la defensa de la igualdad de las mujeres. ¿Cómo iba a decirle que no? Aun así, sonriéndole con ternura, le reconvine:

*Víctor, comparto tus ideales y admiro tu valentía, pero ¿estás dispuesto a afrontar las críticas que recibiremos?*

Él, liándose la bandera como mantón, sacó pecho y respondió:

*A esa hipócrita sociedad, ¡que la zurzan!*

**Tu afectuoso hermano  
Robert Godwin**



Nota Bene:

*Esta carta es la última de las que integran el documento B-98/5 del legajo D/DRh que se conserva en el Essex Record Office. Se trata de cinco cartas encuadradas con cosido copto decorativo, junto a los sobres en los que fueron remitidas. En ellos consta como destinataria la Sra. Mary Wollstonecraft Shelley, quien reprodujo en una de sus obras el contenido parcial de las cuatro primeras cartas, si bien cambiando su nombre por el de Margaret Walton Saville, pero conservando las iniciales. De su hermano Robert nada se sabe.*



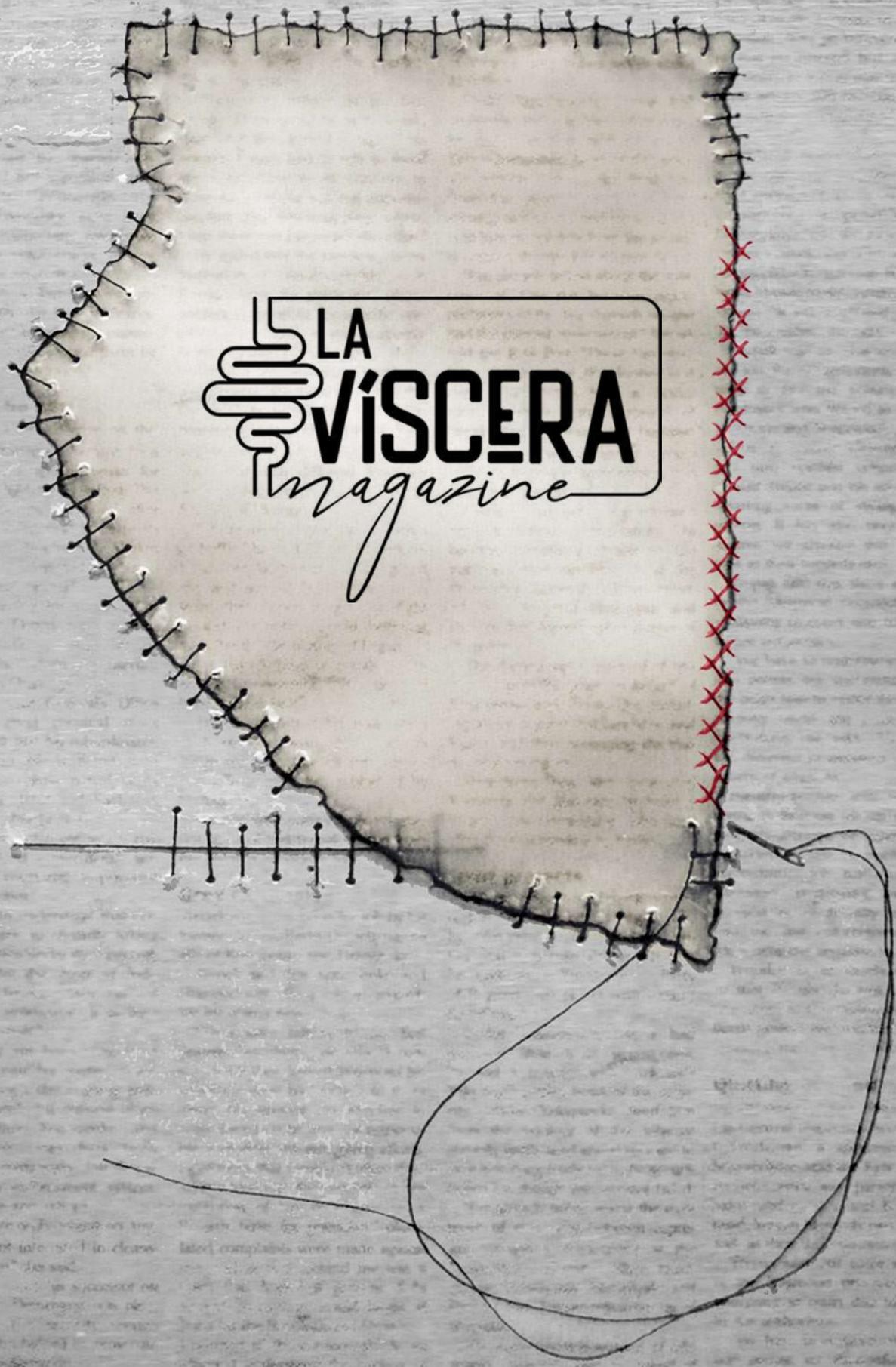
# LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE  
para COSTURAS

*vez luque*  
2024

Faded, illegible text from the reverse side of the paper, appearing as bleed-through.

XXXXX



LA VISCERA Magazine